

EL ARTE RUPESTRE EN LA ZONA BOSCOSA Y LACUSTRE CORDILLERANA DEL SUR DE CHILE Y SUS RELACIONES CON REGIONES VECINAS

José Castelleti D.*

RESUMEN

Se entregan los resultados de la investigación regular actualmente en curso en la zona cordillerana del sur chileno, entre el Bío-Bío y la cuenca del Villarrica, que ha permitido llevar a cabo un registro sistemático e interpretación del fenómeno del acotado arte rupestre local, logrando un primer nivel de articulación de esta conducta dentro de los sistemas de asentamientos y rutas de movilidad de los grupos humanos prehispánicos e históricos.

Palabras claves: arte rupestre, Bío-Bío, Villarrica.

ABSTRACT

The results of the carried out regular investigation in the mountain zone of the Chilean south are given, between the Bío-Bío and the river basin of the Villarrica, that have allowed to carry out a systematic registry and interpretation of the phenomenon of the annotated local rock art, obtaining a first level of joint of this conduct within the systems of establishments and routes of mobility of the prehispanic and historical human groups.

Key words: rock art, Bío-Bío, Villarrica.

Introducción

Intentar comprender el patrón organizacional de los grupos humanos prehispanos del ámbito boscoso templado del sur de Chile, a partir del estudio interdisciplinario de las diversas materialidades que comprenden sus emplazamientos ocupacionales, ha pasado a constituirse en uno de los objetivos básicos de las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo en las últimas décadas. Abarcando ámbitos de la organización tecnológica y el uso del espacio de tales grupos prehistóricos, así como también de su mundo ideacional y simbólico, se han ampliado las fuentes para intentar comprender el siempre enigmático ámbito de las expresiones artísticas prístinas y, a través de ello, la manera como se fue moldeando su identidad hasta lo que hoy logramos observar en las etnias originarias.

La capacidad de los estudios tradicionales situó habitualmente el arte rupestre dentro de esferas exclusivamente funcionalistas, en los contextos sistémicos en que esta expresión se desarrolla (Mostny y Niemeyer 1983), generando así amplias clasificaciones sobre aspectos de la forma de los motivos que la componen y sus relaciones estrictamente materiales, no adentrándose en trabajar campos que permitieran ampliar el contexto de estudio, hacia ámbitos semióticos (Eco 1995, Dettwiler 1986) o simbólicos (Troncoso 2003) sí trabajados en las décadas siguientes. La definición de estilo (Mostny y Niemeyer 1983) en los estudios clásicos llevados a cabo en el sur de Chile, generó interpretaciones que situaron el fenómeno cultural del arte rupestre dentro de un modo de vida circunscrito a un determinismo ecológico e histórico-cultural, en el cual esta expresión cumple un rol complementario y más bien marginal a los procesos nucleares de subsistencia. No obstante, el aporte sustancial

* Antonio Varas 1414, Providencia, Santiago. E-mail: jcastelleti@gmail.com

de tales estudios rupestres (Mostny y Niemeyer 1983) apuntó en lo medular a la generación de un registro inicial del arte rupestre local dentro del espacio mapuche y su articulación a un contexto regional más amplio, estableciendo las primeras hipótesis acerca de los nexos de tales expresiones con otras de similares características halladas en otras zonas como el semiárido y centro sur chilenos, además de la Patagonia tanto argentina como chilena, lo cual permitió abrir la perspectiva en los estudios en las décadas siguientes.

El antecedente de mayor implicancia para la zona en estudio lo ha constituido hasta hoy el denominado “estilo Guaiquivilo” (Niemeyer y Weisner 1972-73), particular conjunto de expresiones originarias centradas en el desarrollo de grabados de rastros humanos y animales, figuras antropomorfas y sobretodo de complejos motivos geométricos en series, localizado en la zona cordillerana de Linares y adscrito a momentos entre el periodo prehispánico alfarero tardío e histórico temprano. En la zona de bosques templados de valles occidentales, desde antaño, fue definido por otro lado, el “estilo de la Araucanía”, queriendo englobar la presencia de emplazamientos con grabados a asentamientos con cerámica (Mostny y Niemeyer 1983) y estableciendo relaciones morfológicas entre la figuras rupestres y modelados cerámicos desde momentos alfarero tempranos. Los motivos destacados del estilo mapuche se centraron en la elaboración de líneas curvas sobre círculos (“caras de búho”) y círculos con línea o punto central (“vulvas”), conjuntos detectados desde la cordillera hasta la costa. Por el lado oriental sin embargo, las investigaciones arqueológicas rupestres se observan hoy notoriamente más desarrolladas que en el lado occidental, no sólo en relación a la adscripción temporal de los diferentes estilos (Gradin 1988, 1988-1989 y 2003), sino que en algunos casos ampliando el contexto de análisis e interpretación de las expresiones rupestres hasta campos del significado (Llamazares 2004). A grandes rasgos la periodificación del arte rupestre patagónico (chileno y argentino) desarrollada sobre la base de la secuencia de Menghin de los años 50 (Menghin 1952, Gradin 1988), se inicia hacia los 9.000 AP con el estilo patagónico de pintura de manos negativas (o manos estarcidas), que luego deriva hacia pies humanos negativos y positivos y manos positivas en asociación a escenas de caza (ca. 5.000-3.000 AP). Un tercer momento lo constituye el estilo de grabados de pies y manos humanos junto a rastros de avestruz, guanacos y felinos, asociados a figuras antropomorfas y geométricas, “estilo Pisadas”, desde los 3.000 a 1.000 años AP (Gradin 2003). Hacia momentos prehispano tardíos se constituye el “estilo Grecas”, materializado por pinturas principalmente en rojo que representan grecas, triángulos, zig-zag, cruces y otras figuras geométricas que se repiten en series en línea (bandas), junto a escutiformes y figuras en miniatura, y que se interpreta asociado a una difusión andina tardía desde ca. 1.000 AP (Gradin 2003, Bate 1971, Bellelli y Podestá 2006).

La línea de la investigación rupestre que actualmente es llevada a cabo en el estudio en curso, apunta a contrastar un modelo de explicación de la ocupación de la zona de bosques templados de la región norpatagónica, en el que los grupos humanos desde tiempos arcaicos ocupan diferencialmente el territorio sobre la base del acceso estacional a sus recursos y una organización tecnológica acorde a las características del medio (García 2005). Sobre la base de este marco, nuestro estudio rupestre apunta a exceder las diferencias tecnológicas que conllevan la adaptación a los diferentes pisos ecológicos desde la costa, el valle y la alta cordillera por parte de los grupos humanos prehispánicos, interpretando una especialización cultural que ha definido ámbitos de identificación a su modo de apropiación del espacio (Jones 2001) y con esto una forma específica de concebir el paisaje que les rodea, su historia y sus conceptos distintivos de grupo. Las improntas culturales observables en el amplio territorio boscoso templado en estudio, creemos, constituyen y evidencian una matriz de conexión desde momentos prehistóricos iniciales entre la Patagonia, el mundo andino y los mundos boscosos templados, lo cual debería representarse en la expresión plástica rupestre (Bate 1970, 1971). Los avances en los estudios rupestres en el cono sur, sobretodo posibilitados por la continuidad cultural que se observa en la Patagonia y el área mapuche desde a lo menos momentos prehispánicos alfareros iniciales (Aldunate 1989, Gradin 1988-1989, Casamiquela 1993, Pavlovic y Rodríguez 2005), han permitido hoy en día interpretar una definición de las expresiones rupestres (por ejemplo estilo Grecas u otros estilos) en relación al ámbito de lo simbólico y más específicamente enmarcadas dentro del mundo mítico tradicional (Guevara 1911, Llamazares 2004). La manera cómo se estructura este mensaje tradicional dentro de los diversos sistemas de asentamiento, en el fondo, cómo

este mensaje e identificación cultural se recrea en cada contexto ocupacional, deberá estar íntimamente relacionado a las estrategias de apropiación que en los diversos territorios desarrollaron los clanes familiares asentados.

Entorno ambiental del área de estudio

El área de estudio del proyecto en curso puede ser dividida en dos grandes zonas geográficas. La primera, más septentrional entre el Llaima y el Lonquimay con un modelado glaciar de altura que drena por el Bío Bío, mientras que la segunda, meridional, con amplios cuerpos lacustres de origen glaciar que drenan por la cuenca del Toltén, de menor altitud (600-800 m.s.n.m.). La mayor parte del territorio está dominado por el bosque templado andino mientras que al oriente del Lonquimay domina las estepa arbustiva (Luebert y Plischoff 2006). Diferentes especies boscosas dominan los pisos altitudinales, destacando el hualle y pellín (*Nothofagus obliqua*), el coigue (*Nothofagus dombeyi*) y la araucaria (*Araucaria araucana*).

Hacia occidente se baja hasta el valle intermedio, con depósitos sedimentarios más amplios de terrazas fluviales, llegando a la costa y sectores de desembocaduras con importantes sectores boscosos. Al oriente de la franja cordillerana se observan amplios valles y estepas, con cuerpos lacustres como el de Nahuel Huapi (Gradin 2003). Una infinidad de pasos cordilleranos habrían servido para desarrollar el tránsito humano y animal entre ambas vertientes, con claras implicancias para nuestro estudio, con una infinidad de recursos estacionales vegetales como el piñón y la quila, hasta líticos como son las importantes fuentes de obsidiana.

Sitios rupestres identificados en esta investigación

Sitio 1:

Denominación: Pocolpén pinturas

Localización: sector Pocolpén, Curarrehue (Figura 1)

Altitud: 685 m.s.n.m.

Emplazamiento: Alero granodiorítico en ladera sur cuenca río Pocolpén.

Dimensiones: 15 por 10 m.

Número de paneles: 3.

Orientación: 0°N

Cota vegetacional: hualle (*Nothofagus obliqua*) y cubierta arbustiva.

Sitios arqueológicos asociados: No presenta.

Descripción: cada uno de los paneles presenta una figura, apareciendo dos contornos en color rojo que semejan un hacha ceremonial mapuche o un “tumi” (paneles 2 y 3) y una greca compuesta por cinco líneas paralelas color rojo (panel 1). De acuerdo a nuestros informantes habría existido un cuarto panel ubicado entre los paneles 2 y 3 que habría tenido un motivo similar al de estos paneles, de un contorno “tumiforme” en pintura roja, el cual habría sido extraído por huaqueros (Figuras 2 a 5).

El punto destacable en las representaciones es que, a pesar de conformar paneles distintos dada la discontinuidad de la distribución de los motivos en el bloque rocoso en relación a los accidentes del relieve natural del mismo, se puede interpretar una articulación temática y simétrica de estos. Por un lado, las cinco líneas paralelas ubicadas en lo alto del bloque rocoso, se contraponen a los contornos “tumiformes”, todos ellos ubicados en la línea inferior del mismo bloque, punto potenciado con la presunta ubicación de un tercer motivo similar entre ambos hoy extraído por acciones vandálicas. La homogeneidad de tales motivos podría estar indicando un

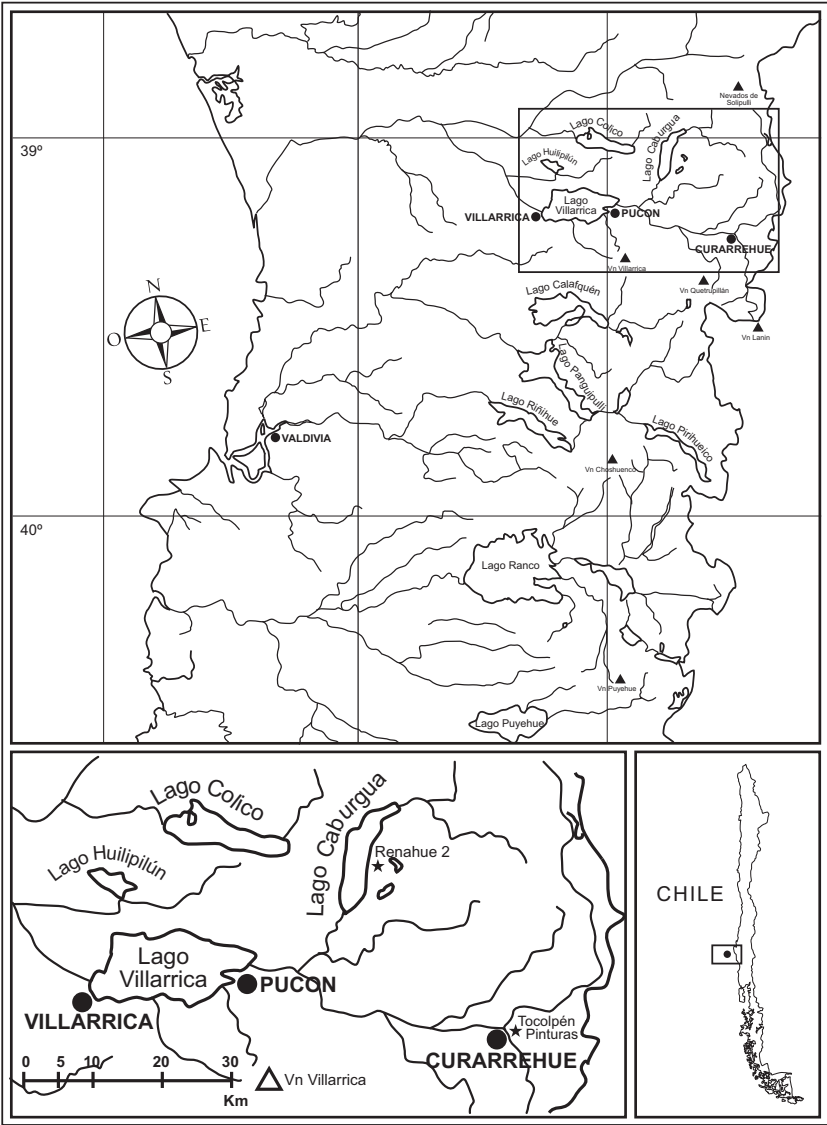


Figura 1. Localización área



Figura 2. Alero de Pocolpén.



Figura 3. Detalle motivo de Pocolpén.



Figura 4. Detalle motivo de Pocolpén.

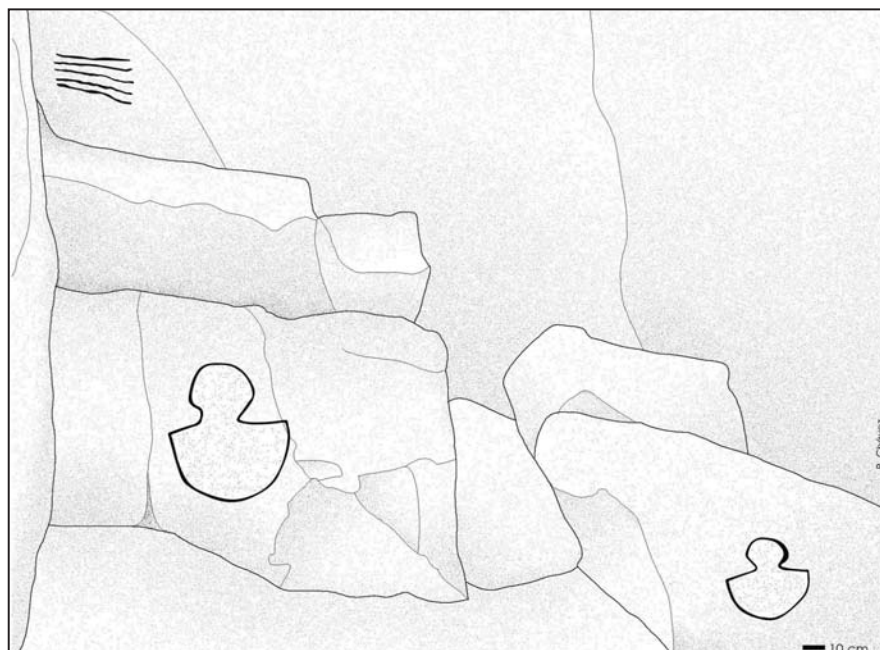


Figura 5. Paneles de sitio Pocolpén Pinturas.

marco temático y técnico altamente estandarizado sobre la base de la adscripción a principios simétricos centrados en la traslación tanto horizontal (“tumiformes”) como vertical (líneas paralelas), sin embargo tendientes a la no utilización de todo el espacio disponible en el bloque.

En términos del emplazamiento, su orientación hacia el norte magnético y su visión hacia el cajón del río Pocolpén no deja de ser un hito destacable, toda vez que este cajón (de acuerdo a nuestros informantes) juega un rol significativo en rutas de movilidad hacia los pasos cordilleranos de la zona. Más allá del papel que este emplazamiento debió haber jugado para el grupo que lo confeccionó, esta articulación podría estar jugando un rol clave como marca identitaria local.

Sitio 2:

Denominación: Renahue 2 o Piedra del Sueco.

Localización: sector Renahue, al oriente del lago Caburgua (Figura 1)

Altitud: 822 m.s.n.m.

Emplazamiento: bloque de amplias dimensiones con cara al norte (3,4 x 6,2 m) que sirve de cobijo, en terraza sur del río Pichirenahue.

Dimensiones bloque total: 12 por 10 m.

Número de paneles: 1.

Orientación: 0°N

Cota vegetacional: hualle (*Nothofagus obliqua*) y cubierta arbustiva.

Sitios arqueológicos asociados: el sitio se encuentra en un área de 600 por 300 m en la terraza sur del Pichirenahue cercano a la desembocadura en el Caburgua, con hasta cuatro eventos ocupacionales ocasionales observables en algunos aleros y en sectores abiertos, adscritos entre el alfarero temprano y tardío local. Esta meseta corresponde al único lugar abierto del cajón del Pichirenahue en todo su trayecto desde los altos de Huerquehue y el Caburgua y hasta hoy sirve de punto de descanso en la ruta que une Renahue con Río Blanco y laguna Isolda.

Antecedentes bibliográficos: J.G. González 1986, “Villarrica: historia inédita”. Croquis de panel en página de inicio.

Descripción: un solo panel en la cara frontal del cobijo, muestra figuras pintadas en rojo muy deslucidas por la erosión en un área de 5 por 2 m, con una notable representación de figuras ovales y rectangulares interpretables como rastros humanos estilizados dada la aparición de algunos con tres apéndices lineales tipo tridígitos. Un hecho destacable de este panel es la gran estandarización en la confección de tales motivos y su ubicación siempre en posición vertical, observándose en asociación a cruces simples, líneas segmentadas paralelas, líneas en ángulo (bidígitos), líneas serpentiniformes, puntos y una gruesa línea recta (Figuras 6 a 9).

No obstante lo borroso del panel en la actualidad, debido a la erosión por factores climáticos, es dable entender la articulación de los motivos sobre la base de la repetición de formas básicas de los posibles rastros de pies y las líneas segmentadas bajo el principio simétrico de traslación en dirección preponderantemente vertical (tal vez en bandas o series) y con el objetivo de llenar todo el espacio disponible del panel. Sin embargo, y al igual que Pocolpén, se podría interpretar la distribución total de los motivos en el panel bajo un principio ordenador básicamente horizontal, lo que le daría la gramática estructural a la lectura del panel.



Figura 6. Panel de Renahue 2.

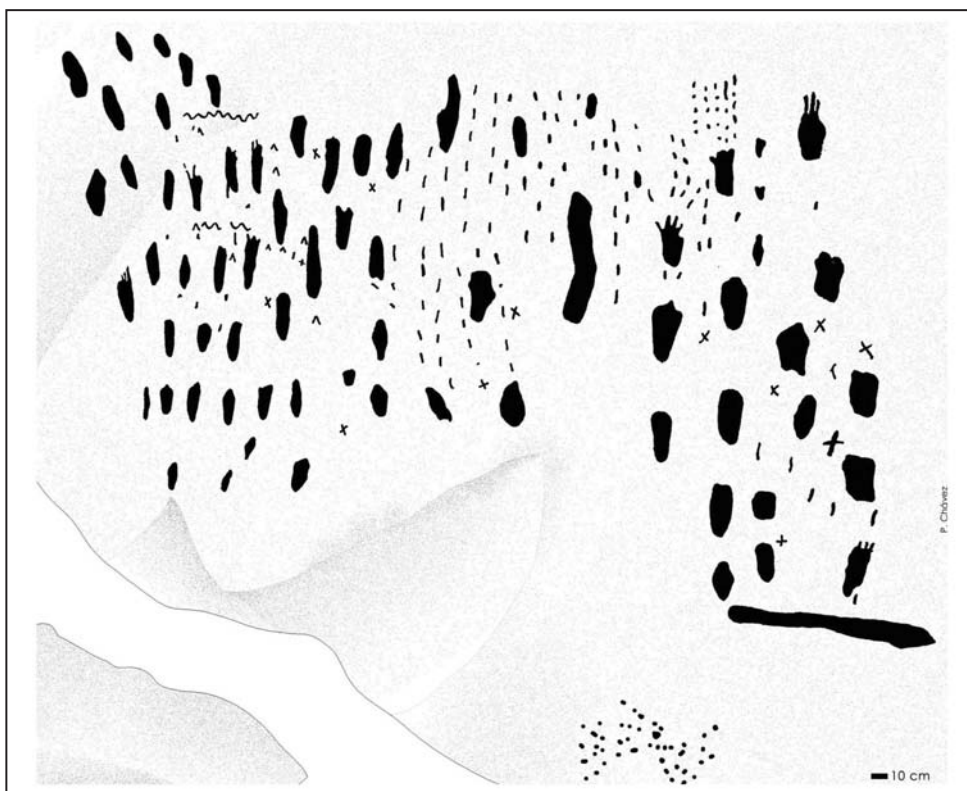


Figura 7. Croquis del panel de Renahue 2.

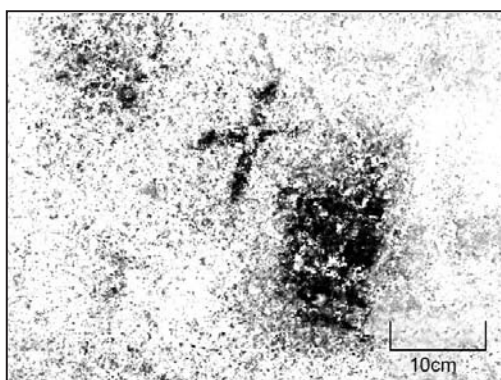


Figura 8. Detalle del panel de Renahue 2.

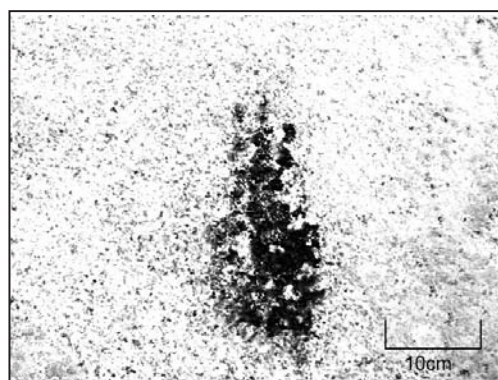


Figura 9. Detalle del panel de Renahue 2.

También al igual que Pocolpén, con orientación al norte magnético, se emplaza como un hito importante en relación a una importante ruta de movilidad entre el lago Caburgua y el paso cordillerano de la zona, lo cual, en correspondencia a la alta homogeneidad de las representaciones de motivos, podría corresponder también a una marca identitaria de los grupos humanos que ocuparon el lugar.

Registro estratigráfico: fue ejecutado un pozo de sondeo de 0,5 x 0,5 m a los pies del panel con las pinturas, hallándose un depósito cultural de hasta 30 cm de espesor de carácter unicomponente, compuesto por lascas y microlascas de obsidiana y fragmentos cerámicos alisados y delgados con alto contenido de moscovita como antiplástico, todo esto en torno a un pequeño fogón. Este contexto fue datado en 660+/-65 años AP o 1.345 DC (UCTL 1974), sobre un fragmento cerámico hallado entre los 20 y 30 cm de profundidad. El depósito recuperado evidencia una ocupación ocasional, interpretable como un campamento alfarero tardío centrado en labores de retoque de instrumental lítico, pernocte y cocción de alimentos, no descartándose su asociación a un sistema de asentamiento mayor en la antes mencionada meseta del Pichirenahue.

Conclusiones: un intento por situar el arte rupestre cordillerano en el contexto regional

No ha sido posible la detección de sitios arqueológicos en la zona de bosques templados con representaciones rupestres adscribibles al estilo de manos y pies negativos ni al estilo de Pisadas descritos para el área patagónica entre los 9.000 a 3.000 AP (Gradin 1988-89, 2003) (Figura 10). Es probable que para este momento de ocupación humana inicial, la región de bosques templados (sector Llaima-Lonquimay) fuera utilizada sólo como fuente complementaria de recursos para grupos altamente móviles que acceden desde valles bajos en épocas estivales en momentos en que las condiciones climáticas se vuelven algo más benignas, orientados hacia actividades de caza, recolección del piñón y acceso a materias primas de mayor calidad como la obsidiana, mientras que para el sector bajo y lagunar de Villarrica-Lanin la opción apuntará a modos de vida fundamentados en recolección de vegetales y trapeo de mamíferos menores (García 2005). La activa concentración del estilo patagónico arcaico de manos y pies negativos en el área patagónica oriental y del de grabados de pisadas en Neuquén, evidencian que contrariamente para la zona occidental boscosa templada cordillerana y precordillerana en estudio, entre los 11.000 y 2.000 años AP, no se habría desarrollado una línea de expresión rupestre como sí ocurrió en gran parte de la Patagonia al oriente de Los Andes. La opción cultural desarrollada en esta zona de bosque húmedo precordillerano y cordillerano, se articula más bien con grupos vinculados a tradiciones costeras del Pacífico, entre los cuales no existió el arte rupestre temprano.



Figura 10. Estilo manos negativas y escenas de caza. Cueva de Las Manos, Patagonia argentina (tomado de Menghin 1952)

En relación al Estilo Guaiquivilo (Niemeyer y Weisner 1972-73, Vergara 1972-73), es bastante estimable que el conjunto englobe expresiones heterogéneas de grupos humanos precerámicos cazadores-recolectores hasta grupos de tradiciones cerámicas en un rango temporal que alcance hasta los 2.000 años. Por otro lado, resulta bastante sugerente el emplazamiento geográfico de este estilo, desarrollado en un área de importante convergencia de rutas de movilidad entre ambas vertientes cordilleranas, como la patagónica, que dejó inicialmente expresiones grabadas de improntas de pisadas o rastros humanos, de felinos y de aves (tridígitos) entre los 3.000 a 1000 AP (Figura 11), que posteriormente confluyó en el estilo de Grecas Grabadas desde los 1.000 AP (Figura 12). Sin embargo, por otro lado, su vinculación a la tradición rupestre alfarera de valles y costa al oeste de los Andes, evidenciada por algunos paneles con antropomorfos y mascariformes con las denominadas caras de búho (Niemeyer y Weisner 1972-73), serpentiformes y círculos con apéndices, resulta evidente resaltando un mundo pre-mapuche con similitudes y nexos con estilos del semiárido y zona central chilena (Mostny y Niemeyer 1983, Pavlovic *et al.* 2005). Al parecer la cordillera del Melado-Guaiquivilo y otros pasos cordilleranos entre el Maule y Neuquén desde los Cipreses hasta Colomichicó (Niemeyer y Weisner 1972-73), constituye la más clara representación de conductas asociadas a puntos estratégicos de conectividad interregional, que para finales del precerámico e inicios del alfarero llegarán a un clímax nodal en Neuquén-Maule del que las expresiones rupestres son su más fiel reflejo. Dichos nodos serán evidentes por la multiplicidad de técnicas y morfología de diseños, a la vez que de subestilos en el tiempo en sus sitios, resultado de la dinámica de semantización de tales puntos geográficos, que se definen a sí mismos a través de un proceso de reinterpretación recurrente con lo cual refuerzan el sentido del nodo.



Figura 11. Estilo Guaiquivilo. Modalidad pisadas o rastros grabados (tomado de Niemeyer y Weisner 1972-73).



Figura 12. Estilo Guaiquivilo. Modalidad grecas grabadas (tomado de Niemeyer y Weisner 1972-73).

Desde mediados del segundo milenio antes del presente muchas zonas no previamente colonizadas entrarán a formar parte de los circuitos de movilidad y sistemas de asentamiento de los diferentes clanes patagónicos, cordilleranos y de los valles y costas occidentales, como resultado de una más adecuada organización tecnológica de los grupos, condiciones climáticas similares a las actuales y la consiguiente presión que debió haber significado una mayor confluencia poblacional sobre el espacio y sus recursos. Sin embargo, no debemos dejar de lado los cambios que debieron haber traído al modo de vida tradicional la permanencia más sedentaria de los grupos en sus locaciones, el uso de cerámica, la domesticación de animales y la práctica de la horticultura que trajo aparejado el desarrollo del Complejo cultural Pitrén (0-1.200 DC) y posteriormente el Complejo el Vergel (1.000-1.500 DC) (Aldunate 1989), que en la zona en estudio configuraron amplios sistemas de asentamientos a través de los distintos pisos ecológicos.

Las evidencias rupestres asociadas a tradiciones alfareras detectadas en diversos puntos de los valles y costa al occidente de los Andes y en áreas precordilleranas y cordilleranas, están indicando que un importante proceso

de apropiación del espacio de los grupos sedentarios y semisedentarios se está llevando a cabo desde los 2.000 años AP, conformando identidades locales dentro de tradiciones mayores macroregionales. Al igual que el mundo mapuche histórico y etnográfico, los grupos prehispánicos alfareros desde el Itata hasta el seno de Reloncaví si bien partícipes de tradiciones culturales similares, como lo demuestra la difusión de los tipos cerámicos y otros rasgos de su modo de vida, conformaron identidades locales en ámbitos geográficos restringidos como valles y rutas de tránsito, probablemente el territorio que abarcaban clanes familiares y comunidades. El escaso arte rupestre que se observa en la región también refleja este desarrollo de su identidad.

Una de las principales características que deja entrever la expresión sobre rocas y bloques al aire libre de los grupos del Itata al sur desde tiempos prehistóricos, es su capacidad para hacer frente a la heterogeneidad y elementos comunes de los grupos culturales que se movieron por este amplio territorio (Inostroza *et al.* 1983, Vergara 1990). Consideremos por ejemplo la denominada “cara de búho” (Niemeyer y Weisner 1972-73), grabado conformado por la ejecución de dos elementos idénticos yuxtapuestos conformados cada uno por una línea curva que rodea un círculo o punto, la cual se define también integrada a las expresiones en Guaiquivilo (Niemeyer y Weisner 1972-73) y en Hualqui cerca de Concepción (Villalón 1964). Tal vez en esta zona los grupos aún mantienen una relación rupestre con tradiciones del centro de Chile, el semiárido y el mundo andino, ya que figuras como las caras de búho y círculos con apéndices se desarrollaron ampliamente en estas regiones (Mostny y Niemeyer 1983). Motivos similares se encuentran representados en la cuenca del río Bueno en asociación a restos cerámicos alfarero-tempranos (Mario Vásquez com. pers.), observándose en esta área la probable derivación o modificación de la expresión original a complejas representaciones confeccionadas en surco profundo y traslación de hasta tres elementos conformadas por hasta cinco líneas curvas cada uno (Van de Maele 1964-66). Probablemente los grupos humanos que confeccionaron estos motivos hayan recogido este principio de expresión de sus vecinos andinos y lo hayan integrado a la expresión de su cosmovisión en el arte rupestre, como es dable interpretar.

Por otro lado, las expresiones pre-mapuches muestran un frecuente grupo de expresiones grabadas denominadas “vulvas” (Oyarzún 1979, Berdichewsky 1968, Adán *et al.* 2005), correspondientes a semicírculos con un punto o línea central, practicados en algunos casos con la técnica del grabado profundo. Figuras de “vulvas” se observan en el Itata (Vergara 1990), en la cueva Los Catalanes en Mininco (Berdichewsky 1968), en el sector del Llaima (Oyarzún 1979) y en Colún en la costa sur de Valdivia (Adán *et al.* 2005, Adán *et al.* 2007), en lo que constituye la expresión con mayor rango de distribución en el territorio premapuche. Inicialmente adscrita a una tradición prehispánica tardía (Berdichewsky 1968), lo cierto es que no es descartable un origen alfarero temprano.

Así entonces, podemos interpretar sobre la base de la evidencia rupestre, un primer nivel en que los grupos alfareros premapuches del valle y costa occidental andina ya definen rasgos identitarios que se han logrado plasmar en su expresión parietal, aunque escasamente, conformando un lenguaje estético en el cual vierten aspectos determinantes de su compartida cosmovisión. Tal vez para momentos prehispánicos más tardíos o histórico tempranos, el notable panel de la cueva Los Catalanes en Mininco, no sea más que un resultado tardío de esta estructuración de identidades del mundo mapuche, logrando expresar de manera elocuente su mundo sagrado (Berdichewsky 1968, Inostroza *et al.* 1983).

Una explicación al hecho de la escasa frecuencia de expresiones rupestres en el territorio mapuche de valles intermedios y costa, precisamente apunta a que probablemente los grupos prehistóricos tardíos e históricos no sean un pueblo que se caracterice por esta conducta, optando por otras maneras de apropiación del paisaje, como lo demuestra el registro etnográfico habitual de rasgos geográficos en los que, al habitar en ellos fuerzas sobrenaturales, se transforman en espacios de conexión con lo sagrado (Guevara 1911, Gradín 2003).

Específicamente en nuestra área de estudio, -el piso precordillerano y cordillerano de bosques templados-, es estimable, a la luz de los datos que hoy disponemos, la división en dos sectores de apropiación distinta a la vez que una activa articulación a rutas interregionales. Al igual que otras áreas de frontera natural en los Andes,

la zona se convirtió en un activo punto de interacción de diversas tradiciones entre el occidente y el oriente de los Andes, que los grupos locales fueron asimilando, integrando y desarrollando notablemente desde momentos alfareros iniciales como lo evidencian sitios en río Bueno (Van de Maele 1964-66) y Llaima (Oyarzún 1979) con arte rupestre del tipo “vulvas” y “caras de búho”. Ya para el alfarero tardío, probablemente en relación a conductas de apropiación de áreas del territorio por parte de grupos locales que participan de tradiciones que coexisten entre ambas vertientes cordilleranas, el arte rupestre podría corresponder a la fusión de diversas tradiciones culturales, como se desprende del registro en relación al estilo Grecas Pintadas (Bate 1971, Gradín 2003, Belleli y Podestá 2006), dentro del que coexisten la modalidad de Grecas propiamente tal, la modalidad del ámbito lacustre cordillerano y la modalidad de miniaturas (Gradín 2003), todas ellas en relación al acceso a área geográficas específicas, no descartando su asociación tardía en nuestra área de estudio con los motivos de “vulvas”.



Figura 13. Estilo Grecas grabadas. Río Negro, Argentina (tomado de Gradín 2003).



Figura 14. Estilo Grecas pintadas. Río Negro, Argentina (tomado de Gradín 2003).

La notable difusión que habría alcanzado el estilo Grecas Pintadas (Gradín 2003) en diversas zonas septentrionales y meridionales patagónicas y el desarrollo de la modalidad grabada en el Nuequén-Maule como vimos (Niemeyer y Weisner 1972-73) (Figuras 13 y 14), corresponde a momentos en que la confluencia de tradiciones rupestres entre el sur andino-bosques templados-patagonia llegará a su mayor desarrollo, no escapando, como evidencian los sitios hallados en esta investigación, incluso la zona lacustre precordillerana de bosques templados a esta práctica. Las dataciones obtenidas para depósitos culturales asociados a paneles con expresiones del estilo Grecas son bastante congruentes para ambas vertientes cordilleranas ya que en el lado oriental van desde los 400 a 1.000 AP (Belleli y Podestá 2006) y en el lado chileno se dispone de la datación inicial para Renahue de 660 $\pm$ 65 años AP. La definición del estilo Grecas nace como un intento interpretativo en las investigaciones tradicionales (Menghin 1952, Gradín 2003) por agrupar expresiones de un ámbito regional restringido que explicaran su difusión hacia otras zonas. Al igual que el estilo Guaquivilo, el estilo Grecas englobará claras influencias de otras modalidades rupestres, explicando con esto su función general dentro de ámbitos nodales de rutas de movilidad y contacto. En efecto, este estilo se caracteriza porque sintetiza y desarrolla el aporte de una tradición andina de diseños geométricos en bandas o franjas (movimientos unidireccionales de traslación como por ejemplo la figura histomorfa; Niemeyer y Weisner 1972-73), con una tradición patagónica de pinturas de improntas de rastros humanos y animales.

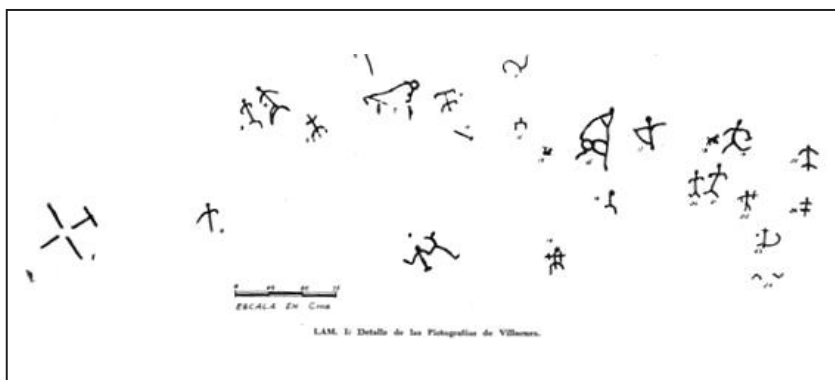


Figura 15. Pinturas de Villucura (tomado de Montané 1966).

Los dos sectores definibles en nuestra área en estudio muestran conductas marcadamente opuestas en relación a sus expresiones rupestres. En relación al tramo boscoso cordillerano de la Araucanía, los paneles detectados en Villucura al interior de Los Ángeles (Figura 15), describen notables escenas en las que participan pequeños antropomorfos y otras figuras geométricas probablemente asociados al plus económico de la zona de alta cordillera de la recolección del piñón (Montané 1966). La modalidad boscosa lacustre cordillerana (Figura 16), que ha sido definida como un subestilo del de Grecas (Gradin 2003), centrada en el noroeste patagónico (Albornoz 2003), se presenta con evidentes similitudes con las expresiones de Villucura (Montané 1996). Antropomorfos esquemáticos muy simplificados, junto a figuras geométricas cuatripartitas observables en Villucura también fueron registradas en el oriente cordillerano, en la región de Río Negro (Gradin 2003, Albornoz 2003), evidenciando una tradición de pinturas en rojo que se extendió a ambos lados de la cordillera. En el mismo tramo norte en estudio, los grabados de Grecas y antropomorfos hallados en el sitio de Maloñehue (Inostroza *et al.* 1983), cercano a Lonquimay y de “vulvas” cercanas al Llaima (Oyarzún 1979), parecen confirmar para este tramo el acceso de tradiciones diversas que otorgaron gran heterogeneidad en la confección rupestre para momentos alfareros tardíos, pudiendo corresponder a un nodo de movilidad regional de amplia convergencia.

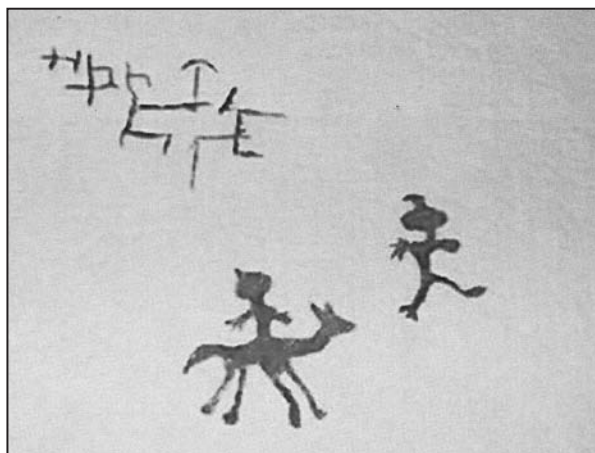


Figura 16. Modalidad boscosa lacustre cordillerana. Río Negro, Argentina (tomado de Gradin 2003).

En el tramo sur boscoso-lacustre, por otro lado, la situación en relación al arte rupestre parece cambiar sustancialmente en relación a la alta cordillera, derivado de la observación de los nuevos hallazgos en el inicio de la vía de Renahue-Río Blanco hacia el Paso Pilhue y en Pocolpén cercano al Paso Puesco. Lo cierto es que, si bien se observa una notable similitud de rasgos del estilo Grecas en las expresiones halladas aquí, no descartando rasgos similares al mundo mapuche occidental, los sitios con arte rupestre se articulan a rutas restringidas con sistemas de asentamiento muy homogéneos, siendo el resultado de grupos locales con movilidad circunscrita a una o dos rutas a través de los pisos de importancia económica. Pocolpén, con sus escasos motivos de contornos pintados con tumiformes y líneas paralelas, es el resultado de la apropiación de la ruta de interconexión oriente-occidente a través del Paso Puesco, de grupos que han asimilado tradiciones de ambas vertientes cordilleranas. Renahue, por otro lado, correspondiente a un campamento alfarero tardío articulando la ruta lago Caburgua a otros lagos de la subregión y pasos transcordilleranos como Pilhue, registra estandarizados principios en su producción rupestre. En el futuro ambos sitios deberán ser contrastados como fuente de información para apreciar la distribución y definición de zonas restringidas de las modalidades pintadas tardías tanto al oriente como occidente del ámbito boscoso templado cordillerano.

Agradecimientos. Investigación efectuada en el marco del proyecto FONDECYT 1060216. A los arqueólogos Rodrigo Mera y Leonor Adán por permitirme trabajar en la cordillera pehuenche y mapuche del sur de Chile. A los antropólogos Marcelo Godoy y Tomás Rudloff, a todos los integrantes del equipo del proyecto y a todas las comunidades que hemos visitado.

REFERENCIAS CITADAS

Adán, L., R. Mera y M. Godoy.

2005. Reconocimiento arqueológico de la localidad de Colún, Comuna de La Unión, X Región. Estudio solicitado por WWF-Chile para proyecto Reserva Costera Valdiviana. Manuscrito.

Adán, L., R. Mera, F. Bahamondes y S. Donoso

2007. Historia Cultural de la cuenca del río Valdivia: proposiciones a partir del estudio de sitios alfareros prehispánicos e históricos. *Revista Austral de Ciencias Sociales* 12: 5-29. Valdivia.

Albornoz, A. M. María.

2003. Estudios recientes del Arte Rupestre en la provincia de Río Negro. En *Arqueología de Río Negro*: 79-96. Secretaría de Estado de Acción Social de Río Negro. Argentina

Aldunate, C.

1989. Estadio alfarero en el sur de Chile (500 DC-1800 DC). *Prehistoria. Culturas de Chile*: 329-348. Editorial Andrés Bello. Santiago.

Bate, L. F.

1970. Primeras Investigaciones sobre el Arte Rupestre de la Patagonia chilena. *Apartado de Anales del Instituto de la Patagonia Vol I N°1*. Punta Arenas.

1971. Primeras investigaciones sobre el Arte Rupestre de la Patagonia chilena (segundo informe). *Anales del Instituto de la Patagonia*. Punta Arenas.

Belleli, C. y M. Podestá.

2006. Integración de sitios con arte rupestre a emprendimientos ecoturísticos en la Patagonia. El caso del río Manso inferior. *Tramas en la Piedra*. Editado por Danae Fiore y M. Mercedes Podestá. Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano y World Archaeological Congress. Buenos Aires.

Berdichewsky, B.

1968. Excavaciones en la cueva de Los Catalanes. *Boletín de Prehistoria de Chile N°1*: 33- 83. Departamento de Historia Universidad de Chile.

Casamiquela, R.

1993. Hacia una clarificación del panorama étnico del sur de Chile continental. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología de Chile Tomo II*, Boletín N°4 Museo Regional de la Araucanía: 215-227. Temuco.

Dettwiler A.

1986. Análisis del Arte Rupestre, entre la miopía funcionalista y el imperialismo de la semiótica. *Chungara* N° 16-17: 451-458.

Eco, U.

1995 [1976]. *Tratado de Semiótica General*. Editorial Lumen.

García, C.

2005. *Estrategias de movilidad de cazadores recolectores durante el periodo Arcaico en la región del Calafquén, sur de Chile*. Memoria para optar al título de Arqueólogo. Departamento de Antropología. Universidad de Chile.

González, J.G.

1986. *Villarrica: Historia inédita*. Talleres Telstar Sociedad Limitada. Temuco.

Guevara, T.

1911. *Folklore araucano*. Imprenta Cervantes. Santiago.

Gradin, C.

1988. Caracterización de las tendencias estilísticas del Arte Rupestre de la Patagonia (provincias de Río Negro, Chubut y Santa Cruz, República Argentina). *Contribuciones al Estudio del Arte Rupestre Sudamericano* N°2: 54-67. SIARB.

1988-1989. Siluetas y rastros: dos visiones diferentes de los autores del Arte Rupestre de la Patagonia. *Ars Prehistórica t VII y VII*: 365-373.

2003. Arte Rupestre de la provincia de Río Negro. *Arqueología de Río Negro*: 41-49. Secretaría de Estado de Acción Social de Río Negro. Argentina

Inostroza, J., P. Rizzo, M. Sánchez y B. Valdebenito.

1983. Petroglifos de la Meseta de Maloñehue. Comuna de Lonquimay, IX región, Chile. *Revista Frontera* 2: 43-58. Temuco.

Jones, S.

2001. Discourses of identity in the interpretation of the past. *Interpretative Archaeology. A reader*. Julian Thomas (ed.): 445-457. Leicester University Press. London, New York.

Luebert, F. y P. Plischoff.

2006. *Sinopsis bioclimática y vegetal de Chile*. Editorial Universitaria. Santiago.

Llamazares, A. M.

2004. Arte chamánico: visiones del Universo. *El Lenguaje de los Dioses. Arte, chamanismo y cosmovisión en Sudamérica*: 67-125. Editorial Biblos.

Menghin, O.

1952. Las Pinturas rupestres de la Patagonia. *Runa. Archivo para las ciencias del hombre vol. V part 1-2*: 5-22. Buenos Aires.

Montané, J.

1966. *Pictografías y Petroglifo de Villucura (Prov. de Bío Bío, Chile)*. Leído en la sesión N° 316 de la Academia chilena de Ciencias Naturales: 377-381.

Mostny, G. y H. Niemeyer.

1983. *Arte Rupestre Chileno*. Ministerio de Educación, Departamento de Extensión Cultural, Santiago.

Niemeyer, H. y L. Weisner.

1972-1973. Los Petroglifos de la cordillera andina de Linares. *Actas del VI Congreso de Arqueología chilena. Boletín de Prehistoria número especial*: 405-470. Universidad de Chile y Sociedad Chilena de Arqueología. Santiago.

Oyarzún, A.

1979. Los Petroglifos del Llaima. *Estudios Antropológicos y Arqueológicos*: 58-64, compilado por Mario Orellana. Editorial Universitaria.

Pavlovic, D. y J. Rodríguez.

2005. Nuevas proposiciones sobre el periodo Alfarero temprano en la cuenca del Choapa. *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología chilena*: 121-130. Museo de Historia Natural de Concepción, Escaparate Ediciones. Chile.

Troncoso, A.

2003. Proposición de Estilos para el Arte Rupestre del valle de Putaendo, curso superior del río Aconcagua. *Chungara* 35 (vol. 2): 209-231.

Van de Maele, M.

1964-1966. Peñascos y petroglifos de Río Bueno. *Investigaciones arqueológicas investigaciones históricas*. Universidad Austral de Valdivia. Valdivia. Manuscrito.

Vergara, C.

1972-1973. Petroglifos de las piedras de las marcas. *Actas del VI Congreso de Arqueología chilena. Boletín de Prehistoria número especial*: 471-485. Universidad de Chile y Sociedad Chilena de Arqueología. Santiago.

Vergara, J.

1990. Los Petroglifos del río Itata. *Museos N°7*: 19-20. Subdirección de Museos, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. Santiago.

Villalón, L.

1964. Informe sobre petroglifos en la provincia de Concepción. *Actas del III Congreso de Arqueología chilena*: 131-132. Santiago.